

A PROPOSITO DE UN NUEVO LIBRO DE GARCÍA GÓMEZ-HERAS

Vicente RAMOS CENTENO
Catedrático de Instituto y doctor en Filosofía

Recibido: 24 de abril de 2018
Aceptado: 2 de mayo de 2018.

(GÓMEZ-HERAS, J. M.^a G.^a: *Hombre, religión y mundo. Sondeos en el humedal del Humanismo*, Madrid-Astorga, Instituto de Humanidades, Universidad Rey Juan Carlos, Ed. CESED, 2017, 238 págs.).

Encontrarse en estos momentos en que vivimos con un libro que no desprecia a la humanidad, que valora su obra, que no acomete una lucha contra la religión, que defiende la capacidad de la razón para saber de las cosas verdaderamente esenciales, y no sólo de lo que se cuenta y se mide, que no usa los horrores de los actos cometidos por los grandes criminales de la historia para hundirse cada vez más en la muerte de Dios, y que no considera a Nietzsche la última revelación de la verdad, sino que apuesta, contra el *amor fati*, por la libertad y la dignidad del hombre, no es cosa de todos los días.

Pero este es el caso de este nuevo libro de Gómez-Heras, un libro de un autor que ha destacado –entre otras cosas– como defensor y cultivador de la ética ecológica, pero que, sin renunciar a ésta, apuesta por el hombre y su obra, por el humanismo occidental que pone al “hombre como centro” (pág. 13). Gómez-Heras no es de aquellos que pudieran afirmar que “actualmente sólo se puede pensar en el vacío del hombre desaparecido” y que, por tanto, hay que dejar de hablar “del hombre, de su reino o de su liberación”¹. Sus autores son otros. Son los clásicos (Platón, Aristóteles, Santo Tomás de Aquino), pero muy especialmente Husserl, que cree en el valor de la razón humana, Kant, que afirma la libertad y la dignidad del hombre, y, además de muchos otros, también Bloch, que lee la historia con los ojos de la esperanza.

1. Cf. FOUCAULT, M., *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, trad. de E. C. Frost, México, Siglo XXI Editores, 5ª edición, 1974, pág. 332-333.

Cuando en nuestra época se puede incluso festejar el fin del humanismo, este libro, se dice en el prólogo, es como una serie de “variaciones sobre el mismo tema: el hombre como creador de aquella cultura cuyos valores disfruta y a los que nos referimos cuando utilizamos la palabra *humanismo*”, y que han fecundado toda la historia de nuestra civilización occidental (pág. 11). Es verdad que en el desarrollo moderno y contemporáneo las humanidades han quedado empequeñecidas ante el predominio de la *razón instrumental* (cf. pág. 18). Por eso, podemos, quizá, preguntarnos si a estas alturas tienen sentido las humanidades. Pero también es verdad que es muy importante aclararnos sobre lo que pensamos del hombre y de la sociedad, sobre lo que significa ser hombre y sobre cuál es la vida que el hombre debe vivir (cf. pág. 20, ss.).

Por eso, hemos de tomar conciencia de la necesidad de “ampliar nuestro concepto de razón y de su uso”, diríamos nosotros también, de reconocer “los límites del método científico-experimental” (pág. 24), que sirve para lo que sirve, pero nada más. Gómez-Heras desarrolla muy bien estos asuntos en el capítulo dedicado a la neurociencia y a la neuroética, y se pregunta si acaso el método científico sirve para conocer la estructura moral de nuestras acciones (cf. pág. 26) y si el mundo moral del hombre se reduce a la biología y a la evolución (cf. pág. 30, ss.) Porque afirmar tal cosa sería olvidar aspectos tan importantes del hombre como la historicidad, la autoconciencia, la auto-determinación, la sociabilidad, la dignidad, la razón, la libertad, así como la esperanza (cf. pág. 31, ss.).

Que “una cosa es evolución y otra historia” (pág. 33). La naturaleza tiene evolución, pero no historia. Ahora bien, “la historia se despliega como posibilidad, esperanza y utopía” (pág. 35) y éstas no estarían en un hombre reducido a *factum* de la evolución. Para hablar del hombre hay que tener en cuenta el mundo de la vida, como dijera Husserl (cf. pág. 38) y hay que ser consciente de que la ciencia no agota lo que podemos decir de la realidad humana, como afirma Gadamer (cf. pág. 39). El método científico, que es un método creado por el hombre, no se olvide (cf. págs. 43 y 50), para estudiar las estructuras de la materia, no puede, pues, pretenderse que sea el único método posible, que sea el único tipo de razón que también debe estudiar las realidades humanas. No nos vale el cientificismo (cf. pág. 50) y la verdad moral no se reduce a la verdad de las ciencias positivas (cf. pág. 52).

Y si no nos vale el cientificismo cuando hablamos del poder de la razón, tampoco nos vale cuando tratamos la dimensión religiosa del hombre. En la línea de tantos, como Hegel y Bloch, Gómez-Heras considera que la dimensión religiosa forma parte de lo humano, de manera que podemos decir que el hombre es “*naturaliter religiosus*” (pág. 74), porque la experiencia religiosa,

como otras realidades humanas, también tiene su raíz en lo que Husserl llamaba el mundo de la vida (cf. pág. 64) y no puede reducirse a lo que la reducen los diversos materialismos de los dos últimos siglos.

Gómez-Heras hace un repaso por la historia y también por la historia de España (cf. pág. 83, ss.), mostrando la constante presencia de la religión (en nuestro caso del cristianismo) y su fructificación en múltiples realidades humanas. Sin duda que es consciente de lo que Ratzinger llamaría “la ambivalencia de lo religioso”, también él ve que, cuando la religión se separa de la razón, puede terminar generando barbarie. Pero ello no significa que podamos olvidarnos de la religión, marginar esta dimensión del hombre o abandonarla al terreno de lo irracional, diría yo, como tampoco olvidar todo lo que el cristianismo significa para la civilización occidental (cf. pág. 53). Es absurdo despreciar la religión, como también empobrecerla reduciéndola, por ejemplo, a ética (cf. pág. 66), porque contra el nihilismo tan presente en nuestro tiempo, “la religión aporta una experiencia totalizadora de la vida en la que la verdad, como diría Hegel, no reside en el fragmento, sino en la totalidad” (pág. 70).

La religión nos permite comprender e interpretar el misterio de la vida, pero, como está dicho, de ninguna manera hemos de permitir que se la lleve al campo de lo irracional, como, por desgracia, ocurre tanto en los fanatismos que pululan en nuestro mundo (cf. pág. 109, ss.). En este mundo nuestro, pues, lo que es necesario es restablecer una relación sana entre religión y razón, y ante la realidad del fanatismo (de todos tipos) y el pluralismo religioso, fomentar el diálogo racional entre culturas y tradiciones y el mutuo conocimiento (cf. pág. 123). Insistiría yo, a este propósito, en que este diálogo siempre tendrá que tener lugar sobre la base de la confianza en la razón y de la búsqueda de la verdad, no sobre la base del relativismo ni de irracionalismo alguno que conciba irracionalmente las cosas de Dios. Es bueno que recordemos eso que ha dicho Ratzinger algunas veces: que el cristianismo, cuando llegó al Imperio Romano, no se puso a dialogar con las religiones míticas de aquel tiempo, sino con la filosofía, en la búsqueda común de la verdad.

Todo esto, diría yo también, sería muy importante tomárnoslo en serio en España, una nación de la que no se podría entender la identidad histórica sin el hecho de la religión cristiana católica (cf. pág. 104), y donde la pretensión de liquidar esta realidad ha causado tanto daño. Es verdad que pareciera hace cuarenta años que esas cosas pertenecían a etapas del pasado ya superadas, pero, por desgracia, en ciertos ambientes da la impresión de que llevamos ya unos cuantos años volviendo a las andadas del irracionalismo antirreligioso².

2. Cf. RAMOS CENTENO, V., “La izquierda y la religión”, *Religión y Cultura* (Madrid), Vol. LI, número 234 (Julio-Septiembre del 2005), págs. 771-780.

Y no sólo en España, en todo Occidente hay ahora una verdadera cristofobia que no sabemos a dónde podrá conducirnos en el futuro. Hoy vivimos una persecución mundial del cristianismo y, mientras tanto, muchos políticos, intelectuales y filósofos siguen tergiversando la historia y produciendo subliteratura que puede ser el caldo de cultivo de futuros exterminios. Su odio y ceguera les impiden ver el mal que están haciendo y lo que supondría extirpar el cristianismo en muchos países en los que ha sido tan importante en la historia. Porque el cristianismo ha sido la mayor fuerza generadora de historia de la historia y, según Gustavo Bueno, es el que en la historia ha salvado muchas veces a la razón y el que, en esta situación actual de crisis, puede volver a salvarla³. Habría que recordar a tantos intelectuales que quieren pasar por progresistas que en los años veinte y treinta del siglo pasado, se dedicaron también a desprestigiar el cristianismo y a vaciar el espíritu de la juventud. ¿Y qué lograron?: que aquellos jóvenes vacíos se hicieran nazis y estalinistas. Una juventud a la que se está hoy también vaciando, pero ¿con qué llenará su espíritu? Richard Dawkins mismo, reputado representante del ateísmo anglosajón actual, alertaba recientemente sobre las consecuencias que podría tener el que los jóvenes europeos dejaran de ser cristianos. Su fe cristiana podría ser sustituida por algo peor, dice. Porque muchos políticos e intelectuales de hoy ya no dicen aquello de Marx de que la religión es la flor en la cadena, y que lo que hay que hacer es romper las cadenas y recoger las flores vivas. Quizá el capítulo más redondo de este libro, todo él defensa de la razón, sea el sexto, el titulado “Antinietscheana”, porque en él está esa preocupación tan necesaria en nuestros días por recuperar una adecuada concepción de la historia de Occidente, que no falsee ésta y que no desprecie a la razón. Dice Emil L. Fackenheim que, después del siglo XX, hemos de “apartarnos del camino de Heidegger”⁴ (y habría que añadir que después de la publicación de *Los Cuadernos Negros* esto es aún más evidente), pero yo diría que también hay que apartarse del camino de Nietzsche y del de todos aquellos que tratan de “estigmatizar la historia” y de reclamar diversos tipos de “retorno”⁵.

Gómez-Heras dice claramente que no es verdadera la concepción nietzscheana de la historia de Europa. Según Nietzsche, “la vida carece de sentido y finalidad” (pág. 128), pero nosotros, en vez de aceptar la vida tal cual es, nos

3. Cf. BUENO, G., “Dios salve la razón”, en: Benedicto XVI, Bueno, G., Prades, J. y otros, *Dios salve la razón*, Madrid, Ed. Encuentro, 2008, págs. 57-92.

4. FACKENHEIM, E. L., *Reparar el mundo*, trad. de T. Checchi González, Salamanca, Ed., Sígueme, 2008, pág. 227.

5. Cf. RAMOS CENTENO, V., *El esplendor del mundo. Ensayo de un pensamiento de resistencia*, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 2012, pág. 35.

hemos inventado toda una serie de falsos valores que han regido la historia de Occidente, haciendo de ésta una historia de mentira (cf. pág. 128). Aunque poco a poco se ha ido viendo la falsedad de estos valores y ha ido apareciendo la historia de nuestra civilización como una historia de decadencia, donde “los episodios más señeros”... “son el socratismo, la metafísica platónica y el cristianismo” (pág. 129). El tomar conciencia de esto, de la falsedad que son los valores sobre los que se ha edificado, es lo que ha traído a Europa el nihilismo, la carencia de valores, la *muerte de Dios* (cf. pág. 129). Pero Nietzsche piensa que esto ha de superarse aceptando la vida tal cual es, con sufrimiento, horror y muerte incluidos, diciendo sí a la vida y a los valores aristocráticos, y no a los valores gregarios de los esclavos de la moral cristiana occidental; es decir, apostando por el superhombre, que, yo diría, es el hombre que es capaz de vivir sin Dios. De modo que en Nietzsche “el superhombre se presenta como nuevo sentido del mundo” (pág. 130).

Pero la historia de Europa no es ninguna génesis del nihilismo, dice Gómez-Heras. Más bien, como ha visto Husserl, Europa es el espacio en el que se ha desarrollado el “*heroísmo de la razón*” (pág. 131), en constante esfuerzo por comprender el mundo y proyectar la vida humana individual y social como algo racional (cf. pág. 132). Europa es también un “proceso expansivo de la libertad” (pág. 133), una búsqueda de la justicia (cf. pág. 134), de la democracia y la soberanía popular (cf. pág. 135), del bien común como meta del quehacer político (cf. pág. 135).

En esta historia de Europa como historia de razón y de libertad, el cristianismo tiene un papel muy relevante. El cristianismo confió en la razón, asimiló los elementos que consideró valiosos de la cultura pagana y fue esencial para liberarnos de la tiranía del destino, de la *Moirá*, y para afirmarnos como seres libres y responsables (cf. pág. 136). De modo que el cristianismo nada tiene que ver con el “*evento nihilista*” (cf. pág. 137). Tampoco la ciencia y la técnica y el intento de dominio del cosmos son simple acontecimiento nihilista, sino afirmación del hombre e intento de comprensión racional del mundo (cf. pág. 138, ss.). Nietzsche habla de la historia de Europa como historia de decadencia y de avance del nihilismo, pero justamente es su tesis del eterno retorno de lo mismo la que destruye toda esperanza y todo sentido (cf. pág. 140).

Nietzsche, pues, piensa Gómez Heras, deforma la historia y refleja la realidad de cierta burguesía alemana de su tiempo (cf. pág. 141), y su propuesta de inversión de todos los valores puede llevar a patologías peligrosas, como la historia nos ha mostrado ya y nos sigue mostrando ahora (cf. pág. 142). Europa, que “es ante todo una tarea moral a cumplir” (pág. 144), puede tener otro futuro que el que marca el pesimismo de Nietzsche, un futuro que puede tener más que ver con la esperanza de Bloch y otros autores, con

la búsqueda de la utopía, no entendida sin embargo en un sentido utopista, sino, permítaseme decirlo a mí, como “el anhelo de más humanidad por amor a la humanidad ya encontrada”⁶.

El futuro de Europa puede ser otro que el que dice Nietzsche, y ese futuro no puede construirse sin su herencia (cf. pág. 149), herencia de la que forma parte fundamental el cristianismo, que es “más historia de la libertad” que otra cosa (cf. pág. 147), es “libertad y no determinismo cósmico”, “historia y no naturaleza” (pág. 148).

Este futuro de Europa no puede, pues, construirse renunciando al humanismo (cf. pág. 153, ss.), a la idea de que el hombre es el valor supremo, y a la persecución del viejo sueño de la felicidad, que ha recorrido toda la historia de Europa desde la Grecia clásica (cf. pág. 154, ss.), siempre buscando una vida digna del hombre.

Todo esto también vale para España, donde en los últimos cuarenta años ha habido toda una serie de cambios que nos han igualado con Europa en la situación, tanto en sus aspectos buenos como en los no tan buenos. En la España actual, piensa Gómez-Heras, hay un pluralismo ético que no tiene que conducir al nihilismo y a la imposibilidad de la convivencia, siempre que nos mantengamos en el campo de lo racional y compartamos este conjunto de valores: “vida, dignidad humana, paz, libertad y justicia” (pág. 214). Un bello, racional y deseable programa, sin duda.

6. RAMOS CENTENO, V., *Razón, historia y verdad*, Madrid, Ed. Encuentro, 2000, pág. 110.